Angeles del Seminario

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año IV - Núm. 24 — Barcelona — Diciembre 1943

DIOS CON NOSOTROS

Acerquémonos juntas al portal de Belén... No tengáis miedo; la Virgen os está esperando con ilusión, desea daros a conocer al pequeño Jesús que acaba de nacer y hasta quiere ponerlo en vuestros brazos, para que le llenéis de besos y caricias.

¿No será esto un sueño? ¿Podré yo tener la misma dicha que tuvieron aquellos pastorcitos que vivían cerca de Belén?

¡Oh, sí! Jesús no se hizo hombre, sólo para los que vivieron en aquellos tiempos, sino para todos nosotros, y hoy, lo mismo que hace muchísimos años, podemos estrechar junto a nuestro corazón al Jesusín que tenía la Virgen en sus brazos.

En Belén, fué la *Virgen* la que daba a Jesús a cuantos se le acercaron; hoy es el *sacerdote*, quien nos lo entrega todos los días, si queremos, en la Sagrada Comunión.

¿No os parece, "Angeles del Seminario", que si tantas veces hemos dado gracias a la Santísima Virgen, porque nos dió entonces a Jesús, también debemos dárselas a los sacerdotes, que nos lo dan cada día?

Cuando tengáis a ese Jesús tan bueno en vuestro corazón, no os olvidéis de pedirle muchas gracias y bendiciones para todos los sacerdotes y seminaristas del mundo entero.

*

¡MUY FELICES PASCUAS, *ANGELES DEL SEMINARIO!*

No dudamos que todas os acercaréis este año, al portal de Belén, con disposiciones parecidas a las que tuvieron los Angeles del cielo en la noche felicísima de Navidad; y pediremos al Niño Jesús, que tanto quiere a los niños, que os mire con amor y que os tenga siempre a su lado.

Gratitud

En la humilde casita de Nazareth, donde vivían San José y la Virgen María, esperando con santa ilusión al Salvador prometido, una alegre golondrina fijó su nido junto a la ventana, desde donde podía contemplar gozosa a la Virgen Madre, entretenida en las diversas ocupaciones que con tanto amor cumplía para agradar al Señor. ¡Cómo disfrutaba el avecilla, animando con sus cantos y juegos la casita de Nazareth! Al despuntar el día saludaba a los santos esposos con sus gritos, hasta despertar a la divina Señora, que acudía presurosa junto a la ventana para entonar con el avecilla su canto matinal al Creador. Pero llegó el invierno... La golondrina tenía que abandonar su nido y marchar hacia otras tierras más acogedoras, donde no le faltara el sustento necesario para conservar su vida. Probó varias veces de revolotear alrededor de la blanca casita para ensayar su despido, pero al pasar junto a la ventana y contemplar a María, no supo abandonarla, y diciendo un fuerte ¡adiós! a sus hermanas, se quedó con la Virgen, confiando en tan amable protección.

Una noche muy larga y fría nevó copiosamente en Nazareth... Al día siguiente salían de su casa los santos esposos, para ir hacia Belén a empadronarse, obedeciendo las órdenes del emperador César Augusto, que así lo había dispuesto, y... ¡qué pena sintió María al ver en el suelo la pobre golondrina casi muerta de frío y sin poder volar, pues la nieve cubría sus alitas!... Llena de compasión la cogió, y con el calor de sus manos consiguió darle vida. El pajarillo agradecido, quiso acompañar a los viajeros volando gozoso junto a ellos y amenizando con sus cantos la penosa caminata en tan crudos días de invierno. Llegaron por fin a Belén... No encontrando posada donde albergarse, los santos esposos decidieron pasar la noche en una cueva. La golondrina se quedó allí también, algo tristona al ver tan mal atendida a su encantadora Dueña... De repente, una luz de gran potencia iluminó la cueva, dejando ver algo extraordinario que conmovió al pajarito... La Virgen Santísima, hermosa como nunca, tenía en sus brazos un precioso niñito, el divino Jesús, el esperado Mesías... San José le adoraba reverente... La golondrina agradecida no pudo resistir más..., sintiendo vivos deseos de propagar tan fausta nueva, emprendió gozosa el vuelo hacia lejanas tierras con este típico grito que las caracteriza y que podemos traducir por ¡Jesusín... Jesusín... Jesusíííín...!

El navío que atravesó el mar

Os voy a contar una leyenda de aquellos tiempos en que el mar no era seguro porque los piratas asaltaban los navíos, los saqueaban y hacían prisioneros a los tripulantes. A estos desgraciados los llevaban a Túnez, donde, amontonados en negras prisiones, padecían toda clase de tormentos.

San Juan de Malta, sentía mucha compasión por aquellos pobrecitos, y no descansó hasta reunir una buena cantidad de dinero, para rescatarles.

Y allá se fué. Llegado a Túnez habló con el jefe de los piratas y le ofreció todo el oro que llevaba a cambio de los prisioneros. Se los dieron, y contentísimos se marchaban todos, ya podéis suponer con cuánta prisa, al navío que debía conducirles a su amada Patria.

Pero los piratas eran tan malos que ya se arrepentían de haberlos dejado, y pedían más oro. Como San Juan no tenía más dinero, fueron furiosos al navío y le quitaron el timón, los remos, los palos, todo. Era ya imposible marcharse; todos lloraban desconsoladamente.

¿Qué hizo San Juan? Quitóse el manto, levantólo bien alto sobre el puente como si fuera una vela. Dió la señal de salir y se puso a rezar.

Y he aquí que se levantó el viento, y el navío, que no tenía ni timón, ni velas, ni remos, empezó a moverse y se adentró en el mar, camino de la Patria...

Es una leyenda, claro está. Pero es también una figura muy clara del poder que tiene la oración del sacerdote cuando reza por sus fieles.

El sacerdote, no lo olvidéis, con su oración conduce al cielo las almas que tiene confiadas, a través del mar peligroso de esta vida.

(Con censura eclesiástica) — Secretariado de J. F. de A. C. - Rbla. Cataluña, 32. Barcelona. — 27367 - Altés